

JOHAN Marks es un ex diplomático y hoy profesor de Harvard. Coautor, hace cinco años de "La CIA y el culto de la información", uno de los libros que más han disgustado a la Agencia, hasta el punto de que ésta consiguió, a base de juicios, que se censuraran cerca de doscientos pasajes de entre sus páginas, vuelve ahora a la carga con "Pillaje de cerebros", obra consagrada a las manipulaciones psicológicas, químicas y otras, con las que —hasta 1970 como mínimo— la CIA trató de obtener un control total de los individuos.

"Es muy sencillo —explica John Marks—: A principios de los años sesenta, la CIA y los servicios de información del Ejército norteamericano tenían el cuasi monopolio del LSD... Y fueron sus esfuerzos destinados a probar esta droga los que hicieron que ésta circulara a lo largo y ancho de los Estados Unidos".

—¿Quiere decir usted que cuando Timothy Leary y todos los primeros apóstoles de la contracultura incitaban a los jóvenes a "ampliar el campo de sus conciencias" mediante experiencias de tipo psicodélico, obedecían órdenes de la CIA?

—No, no lo sabía. Pero cada vez que Leary recibía una pequeña cantidad de LSD de los laboratorios Sandoz en Suiza, la CIA —que había llegado a un acuerdo con esos laboratorios— era informada puntualmente. Y Leary, como la mayor parte de los pioneros de la revolución psicodélica, hizo su primer "viaje" con ácido gracias a los programas de investigaciones financiados por la Agencia. Leary había sido alertado por un artículo de la revista "Life" dedicado a esas investigaciones. Otros recibieron su primera información sobre la droga de ciertos científicos a sueldo de la CIA.

—Pero esto parece una locura: ¿No fue acaso el LSD un factor determinante en el desarrollo de la oposición a la guerra del Vietnam?

—Sí, naturalmente. Pero los jefes de la CIA no podían prevenirlo: para ellos, se trataba de una droga terrorífica con la que confiaban en controlar a los individuos. No se imaginaban que alguien pudiese ingerirla por puro placer: para muchos de ellos, la experiencia había sido angustiada.

El LSD no ha sido más que uno de los "filtros mágicos" con los que los aprendices de brujo de la CIA comenzaron entonces a jugar con la esperanza de enloquecer a los agentes del enemigo y

convertir en invulnerables a los propios. Pero fue esa poción la que tuvo efectos más inesperados. Y fue también la única —al menos oficialmente— a la que los jefes de la Agencia se vieron obligados a atribuir una muerte: después de haber ingerido sin saberlo una dosis muy fuerte de esa droga, el doctor Frank Olson —que trabajaba en el sector igualmente secreto de las armas

En algunos de sus terrenos predilectos, por otro lado (el estudio de los alucinógenos y el de la hipnosis, por ejemplo), esos caballeros bien nacidos que constituían la estructura dirigente de la CIA en aquel momento no dudaron en inspirarse en las experiencias realizadas durante la guerra en el campo de concentración de Dachau. Hasta el punto de que los archivos recupera-

que llamara su atención una pequeña nota en un informe sobre la Agencia publicada en 1974, Marks recurrió a la célebre ley sobre libertad de acceso a la información que, desde el caso Watergate, obliga a todos los órganos del Gobierno norteamericano a proporcionar los documentos que se les reclaman, cuando no pueden justificar el perjuicio que semejante acción podría causarles.

La CIA trató de evitarlo, afirmando que los viejos "dossiers" habían sido mientras tanto destruidos. Luego, un buen día, en 1977, la Agencia "volvió a encontrar" los siete cartapacios —que en realidad no contenían más que los archivos financieros de los programas "Barba-Azul", "Alcachofa" y "MK-Ultra". En esas condiciones, ¿cómo tener la seguridad de que los experimentos acabaron en los primeros años setenta, como afirma la propia CIA?

—¿Cree usted que no me he planteado la cuestión? Naturalmente que mi libro es incompleto, aunque mis investigaciones me hayan permitido descubrir cosas que no estaban en los documentos. Pero si la CIA intentó desviar mi atención proporcionándome esos documentos, no creo que lo que deseaba ocultar estuviese en ese terreno. Puedo equivocarme, pero no creo que se hayan realizado descubrimientos capitales. Todavía no".

Uno de los aspectos más sorprendentes de "Pillaje de cerebros" es que cada vez que uno de los "doctores Extraño amor" financiados por la CIA llevaba demasiado lejos la experiencia, había alguien en el cuartel general de la Agencia que trataba de hacer oír la voz de la razón. Así que, en conjunto, el panorama parece mucho menos sombrío de lo que uno podía imaginarse.

"Es verdad. Después de mi primer libro me tomaba a mí mismo por el ángel vengador. Vea a la CIA de forma maniquea, en blanco y negro. Ahora entiendo mejor los grises. Es verdad que la Agencia ha fomentado acciones que los propios Estados Unidos habían sido los primeros en condenar en Nuremberg. Es también verdad que siempre se ha mantenido dentro de unos límites que otros no han respetado. Por eso, nunca ha pertenecido al club de los "más grandes" del espionaje, como los británicos y los soviéticos, por ejemplo. Y es cierto, además, que en ningún otro país del mundo hubiera podido escribir este libro". ■ © TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur" (1979).

LOS FILTROS MAGICOS DE LA C. I. A.

NINA SUTTON



John Marks.

químicas y bacteriológicas del Pentágono— se hundió en la paranoia y acabó tirándose por la ventana.

Pero hubo cosas más graves. Como ese programa de "desestructuración" de la personalidad, de lavado de cerebro propiamente dicho al que se dedicaba el doctor Dewen Cameron, en el marco del hospital que dirigía en Montreal. Allí sometía a algunos de sus pacientes —que habían acudido a verle por sufrir depresiones nerviosas— a curas de sueño de varias semanas, durante las cuales les aplicaba a tres sesiones diarias de "electroshock". Objetivo confesado de la operación: producir en el individuo un "amnesia diferencial" bajo pretexto de hacerle olvidar las causas de su neurosis (resultado que nunca se llegó a alcanzar).

Y como la CIA había siempre soñado con poder crear así lagunas en la memoria de un agente o hacer olvidar a uno de sus propios empleados los crímenes que hubiese podido cometer en acto de servicio, y como el doctor Cameron operaba en el Canadá a pacientes no estadounidenses y fuera del alcance de una prensa y un Congreso demasiado curioso, a sus ojos, la Agencia financió durante varios años —por mediación de una sociedad de ecología humana...— esas experiencias, que habrían podido suscribir los médicos nazis.

dos cuando los procesos de Nuremberg y relacionados con esos temas jamás vieron la luz. O, como explica John Marks: "En los años que siguieron a la guerra, los dirigentes norteamericanos eludieron los problemas morales que planteaba la investigación científica y los crímenes que con frecuencia entrañaba. E imitando a los nazis con sus cobayos judíos o gitanos, los responsables de la CIA optaron por llevar a cabo sus experimentos con enfermos mentales, prostitutas, extranjeros, drogados, prisioneros que pertenecían con frecuencia a etnias minoritarias".

"Mediante esas experiencias —prosigue Marks— trataban de suprimir la duda. Quitar todo riesgo a sus operaciones clandestinas. Adquirir certezas: asegurarse de que no se les mentía, de que el agente que enviarían en estado hipnótico para asesinar a Castro, dispararía sobre su blanco, etc. Luego, poco a poco descubrieron que nada es gratuito. Que el espíritu humano es tan complejo que jamás se puede estar totalmente seguro de controlarlo. Que es más seguro y mucho menos costoso encontrar a un tipo de la Mafia para acabar con Castro".

John Marks pudo escribir su libro porque, tras una larguísima batalla jurídica, consiguió de la CIA que le entregase siete cartapacios con documentos relativos a esos programas. Después de